

Solo hay un Camino de Salvación

J. C. RYLE



Iglesia Anglicana Ortodoxa

"Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".

(Hechos 4:12)

LA IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA COMUNIÓN MUNDIAL



SOLO HAY UN CAMINO DE SALVACIÓN
Por el Obispo J. C. Ryle

Obispo presidente Jerry L. Ogles
Traducción del Rev. José Antonio Rios
Anglican Orthodox Church
Statesville, North Carolina

SOLO HAY UN CAMINO DE SALVACIÓN

¿Hay más de un camino al cielo? ¿Hay más de una forma en la que se puede salvar el alma del hombre? Esta es la pregunta que me propongo considerar en este artículo, y comenzaré su consideración citando un texto de la Escritura: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

Estas palabras son sorprendentes en sí mismas; pero son mucho más sorprendentes si observamos cuándo y por quién fueron dichas.

Fueron dichas por un cristiano pobre y sin amigos, en medio de un concilio judío perseguidor. Fue una gran confesión de Cristo.

Fueron dichas por los labios del apóstol Pedro. Este es el hombre que, unas semanas antes, abandonó a Jesús y huyó, este es el mismo hombre que negó tres veces a su Señor. ¡Hay otro espíritu en él ahora! Se levanta valientemente ante los sacerdotes y los saduceos, y les dice la verdad en su cara: "Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:11-12).

Ahora bien, no necesito decirle a un lector bien informado que este texto es uno de los principales cimientos sobre los que se construye el artículo decimotercero de la Iglesia de Inglaterra. Ese artículo dice lo siguiente:

"Deben así mismo ser anatematizados los que se atreven a decir, que todo hombre será salvo por la Ley, y con la luz de la Naturaleza. Porque la Escritura Santa nos propone solamente el Nombre de Jesucristo, por medio del cual únicamente han de salvarse los hombres".

Hay pocas afirmaciones más contundentes que esta a lo largo de los Treinta y nueve artículos. Es el único anatema pronunciado por nuestra Iglesia de un extremo a otro de su gran Confesión de fe. El Concilio de Trento en sus decretos anatematiza continuamente. La Iglesia de Inglaterra usa el anatema o maldición una vez, y solo una vez; y lo hace por buenas razones, me propongo demostrarlo examinando las palabras del apóstol Pedro.

Al considerar este tema solemne, hay tres cosas que deseo hacer.

- I. Primero, deseo explicar la doctrina aquí establecida por el Apóstol.
- II. Segundo, deseo proporcionar algunas razones por las que esta doctrina es la verdadera.

- III. En tercer lugar, deseo mostrar algunas consecuencias que se derivan naturalmente de la doctrina.

- I. Primero, permítame explicarle la doctrina establecida por Pedro.

Asegurémonos de entender correctamente lo que quiere decir el Apóstol. Dice de Cristo: "En ningún otro hay salvación". ¿Ahora, que significa esto? De que veamos esto con claridad depende mucho que entendamos todo lo que nos quiere transmitir. Quiere decir que nadie puede ser salvo del pecado, su culpa, su poder y sus consecuencias, excepto por Jesucristo.

Quiere decir que nadie puede tener paz con Dios el Padre, obtener el perdón en este mundo y escapar de la ira venidera, excepto a través de la expiación y la mediación de Jesucristo.

Solo en Cristo, se atesora la rica provisión de salvación de Dios para los pecadores, solo por Cristo las abundantes misericordias de Dios descienden del cielo a la tierra. Solo la sangre de Cristo puede limpiarnos; Solo la justicia de Cristo puede revestirnos; Solo el mérito de Cristo puede darnos un título al cielo. Judíos y gentiles, eruditos y no eruditos, reyes y pobres, todos por igual deben ser salvados por el Señor Jesús o se perderán para siempre.

Y el Apóstol agrega enfáticamente: "porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos ". No hay otra persona comisionada, sellada y designada por Dios el Padre para ser el Salvador de los pecadores, excepto Cristo. Las llaves de la vida y la muerte están encomendadas a Su mano, y todos los que quieran ser salvos deben acudir a Él.

Solo había un lugar seguro en el día en que vino el Diluvio sobre la tierra: ese lugar era el arca de Noé. Todos los demás lugares y dispositivos (montañas, torres, árboles, balsas, barcos) eran igualmente inútiles. Así también hay un solo escondite para el pecador que escaparía de la tormenta de la ira de Dios; deben confiar su alma en Cristo.

Solo había un hombre a quien los egipcios podían acudir en tiempos de hambre, cuando querían comida, debían ir a José, era una pérdida de tiempo ir a cualquier otra persona. Así también hay sólo uno a quien deben ir las almas humanas, si no quieren perecer para siempre: deben ir a Cristo.

Hubo una sola palabra que podría salvar la vida de los efraimitas en el día en que los galaaditas contendieron con ellos y tomaron los vados del Jordán (Jueces 11), debían decir "Shibolet" o morir. De la misma manera, solo hay un nombre que nos servirá cuando estemos a la puerta del cielo, debemos nombrar el nombre de Jesús como nuestra única esperanza, o seremos desechados para siempre.

Esa es la doctrina del texto. "No hay salvación sino por Jesucristo - en él hay plena salvación, salvación hasta lo sumo, salvación para el mayor de los pecadores, "de él viene la salvación para todos". Está en perfecta armonía con las propias palabras de nuestro Señor en el Evangelio de Juan: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14: 6). Es lo mismo que Pablo les dice a los Corintios, "nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Cor. 3:11). Y es lo mismo que nos dice Juan en su primera epístola: "Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Juan 5:11-12). Todos estos textos llegan a un mismo punto: no hay salvación sino por Jesucristo.

Asegurémonos de entender esto antes de seguir adelante. Los hombres tienden a pensar: "Todas estas son viejas noticias, estas son cosas antiguas: ¿Quién no conoce verdades como estas? Por supuesto, creemos que no hay salvación sino por Cristo". Pero les pido a mis lectores que marquen bien lo que digo. Asegúrese de comprender esta doctrina, o de lo contrario, poco a poco tropezará y se ofenderá por las declaraciones que todavía tengo que hacer en este documento. Debemos confiar toda la salvación de nuestras almas en Cristo, y solo en Cristo. Debemos liberarnos total y completamente de todas las demás esperanzas y confianzas. No debemos descansar en parte en Cristo, en parte en hacer todo lo que podamos, en parte en mantener nuestra iglesia y en parte en recibir la Santa Cena. En el asunto de nuestra justificación, Cristo lo es todo. Esta es la doctrina del texto.

El cielo está ante nosotros, y Cristo es la única puerta a él; el infierno debajo de nosotros, y solo Cristo puede librarnos de él; el diablo detrás de nosotros, y Cristo es el único refugio de sus acusaciones y de la ira de Dios; la ley contra nosotros, y solo Cristo puede redimirnos; el pecado nos agobia, y solo Cristo puede quitarlo. Esta es la doctrina del texto. ¿Ahora lo ves? Espero que lo hagas. Pero me temo que muchos creen entenderlo y pueden descubrir, antes de dejar este papel, que no es así.

- II. Permítanme, en segundo lugar, proporcionar algunas razones por la que estamos ciertos y confiados que esta doctrina del texto es la verdadera.

Podría acortar esta parte del tema con un simple argumento: "Dios lo dice". Dijo un viejo teólogo: "Un solo texto vale por mil razones". Pero no haré esto. Deseo

hacer frente a las objeciones que están listas para surgir en muchos corazones contra esta doctrina, señalando los sólidos cimientos sobre los que se asienta.

(1) Permítanme decir, en primer lugar, que esta doctrina enseñada en el texto es la verdadera, porque esto es lo que es el hombre.

Ahora bien, ¿qué es el hombre? Hay una respuesta amplia y contundente, que abarca a toda la raza humana: el hombre es un ser pecador. Todos los hijos de Adán nacidos en el mundo, cualquiera que sea su nombre o nación, son corruptos, inicuos y contaminados ante los ojos de Dios. Sus pensamientos, palabras, maneras y acciones son todos, en mayor o menor medida, defectuosos e imperfectos.

¿No hay ningún país en la faz del mundo donde no reine el pecado? ¿No hay un valle feliz, una isla apartada, donde se encuentre la inocencia? ¿No hay tribu en la tierra donde, lejos de la civilización, el comercio, el dinero, la pólvora, el lujo, los libros, la moralidad y la pureza florezcan? ¡No! no hay ninguno. Mire todos los viajes y expediciones de los que pueda echar mano, desde Columbus hasta Cook, y desde Cook hasta Livingstone, y verá la verdad de lo que estoy afirmando. Las islas más solitarias del Océano Pacífico, islas aisladas del resto del mundo, islas donde la gente ignoraba por igual Roma y París, Londres y Jerusalén, estas islas, cuando se descubrieron por primera vez, se encontraron llenas de impureza, crueldad e idolatría. Las huellas del diablo se han trazado en cada orilla. La veracidad del capítulo del pecado en Génesis se ha establecido en todas partes. Cualquier otra cosa que se haya descubierto que los salvajes ignoran, nunca se los ha encontrado ignorantes del pecado.

Pero, ¿No hay hombres y mujeres en el mundo que estén libres de esta corrupción de la naturaleza? ¿No ha habido seres elevados y encumbrados que de vez en cuando han vivido vidas impecables? ¿No ha habido algunos, así sean unos pocos, que han hecho todo lo que Dios requiere, y así han probado que la perfección sin pecado es una posibilidad? ¡No! no ha habido ninguno. Revise todas las biografías y vidas de los cristianos más santos; observe cómo el más brillante y el mejor del pueblo de Cristo siempre ha tenido el sentido más profundo de su propia imperfección y corrupción. Gimen, lloran, suspiran, se lamentan por sus propios defectos, este es uno de los motivos comunes por los que se les puede caracterizar. Patriarcas y apóstoles, padres y reformadores, episcopales y presbiterianos, Lutero y Calvino, Knox y Bradford, Rutherford y el Obispo Hall, Wesley y Whitefield, Martyn y M'Cheyne, todos están de acuerdo en sentir su propia pecaminosidad. Cuanta más luz tienen, más humildes y humillados parecen ser; cuanto más santos son, más parecen sentir su propia indignidad.

Ahora bien, ¿Qué parece probar todo esto? A mis ojos, parece probar que la naturaleza humana está tan contaminada y corrupta que, si se deja a sí mismo, nadie podría salvarse. La situación del hombre es desesperada sin un Salvador, y no solo esto, también debe ser un poderoso Salvador. Debe haber un Mediador, una Expiación, un Abogado, para hacer que esos pobres seres pecadores sean aceptables ante Dios; y no encuentro esto en ninguna parte, excepto en Jesucristo. El cielo para el hombre sin un Redentor Todopoderoso, la paz con Dios para el hombre sin un Intercesor divino, la vida eterna para el hombre sin un Salvador eterno - en una palabra, la salvación sin Cristo – tomándolos a todos por igual, frente a los hechos claros sobre la naturaleza humana, se presentan como imposibilidades absolutas.

Expongo estas cosas a los hombres pensantes y les pido que las consideren. Sé que es una de las cosas más difíciles del mundo darse cuenta de la pecaminosidad del pecado. Decir que todos somos pecadores es una cosa; tener una idea de lo que el pecado es a los ojos de Dios es otra muy distinta. El pecado es una parte demasiado nuestra como para permitirnos verlo como es, no sentimos nuestra propia deformidad moral. Somos como esos animales en la creación que son viles y repugnantes a nuestros sentidos, pero que no lo son para ellos mismos ni los unos para los otros. su repugnancia es su naturaleza, y no la perciben. De la misma manera, nuestra corrupción es parte integral de nosotros mismos y, en el mejor de los casos, tenemos una débil comprensión de su intensidad.

Pero de esto podemos estar seguros, si pudiéramos ver nuestras propias vidas con los ojos de los ángeles que nunca cayeron, nunca deberíamos dudar de este punto ni por un momento. En una palabra, nadie puede saber realmente qué es el hombre y no ver que la doctrina de nuestro texto es verdadera. Estamos encerrados ante la conclusión del apóstol Pedro. No puede haber salvación excepto por Cristo.

Déjame decirte otra cosa. La doctrina de nuestro texto es verdadera, porque eso es Dios.

Ahora bien, ¿Qué es Dios? Ciertamente, esa es una pregunta profunda. Sabemos algo de sus atributos, no se ha dejado a sí mismo sin testimonio en la creación; Él nos ha revelado misericordiosamente muchas cosas sobre sí mismo en su Palabra. Sabemos que Dios es Espíritu, eterno, invisible, todopoderoso, el Creador de todas las cosas, el Conservador de todas las cosas, santo, justo, que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo recuerda - infinito en misericordia, en sabiduría, en pureza.

Pero, ¡ay!, después de todo, ¡cuán humildes y humillantes son nuestras ideas más elevadas cuando llegamos a poner por escrito lo que creemos que es Dios! ¡Cuántas palabras y expresiones usamos cuyo significado pleno no podemos comprender! ¡Cuántas cosas dicen de Él nuestras lenguas que nuestras mentes son totalmente incapaces de concebir!

¡Qué pequeña parte de Él vemos! ¡Qué poco de Él podemos saber! ¡Cuán mezquinas e insignificantes son nuestras palabras para transmitir una idea de Aquel que hizo este mundo poderoso de la nada, y para quien un día es como mil años, y mil años como un día! Cuán débiles e inadecuados son nuestros pobres y cortos intelectos para formar una concepción de aquel que es perfecto en todas sus obras, perfecto en lo más grande y perfecto en lo más pequeño, perfecto para designar los días, las horas, los minutos y los segundos en los que Júpiter, con todos sus satélites, viajará alrededor del sol, ¡Perfecto para formar el insecto más pequeño que se arrastra sobre unos pocos pies sobre nuestro pequeño globo! Cuán poco puede comprender nuestra atareada impotencia a un Ser que siempre está ordenando todas las cosas, en el cielo y en la tierra, por providencia universal, ordenando el surgimiento y la caída de naciones y dinastías, como Nínive y Cartago; ordenar la extensión exacta a la que hombres como Alejandro, Tamerlán y Napoleón extenderán sus conquistas; ordenando el más mínimo paso en la vida del creyente más humilde entre su pueblo, todo al mismo tiempo, todo sin cesar, todo perfectamente, todo para su propia gloria.

El ciego no juzga los cuadros de Rubens o Tiziano; el sordo es insensible a la belleza de la música de Handel; el groenlandés no puede tener más que una vaga noción del clima de los trópicos; el isleño de los mares del Sur no puede formar más que una concepción remota de un motor de locomotora, por muy bien que se la describan. No hay facultad en sus mentes que pueda asimilar estas cosas; no tienen un conjunto de pensamientos que puedan comprenderlos, y no tienen dedos mentales para captarlos. Y de la misma manera, las mejores y más brillantes ideas que el hombre puede formar de Dios, comparadas con la realidad que veremos un día, son en verdades débiles y tenues.

Pero una cosa, creo, está muy clara, y es la siguiente, cuanto más alguien considera con calma lo que Dios realmente es, más debe sentir la inconmensurable distancia entre Dios y él mismo, aunque cuanto más medita, más debe ver que hay un gran abismo entre él y Dios. Creo que su conciencia le dirá, si la deja hablar, que Dios es perfecto y él imperfecto; que Dios es muy alto y él muy bajo; que Dios es de gloriosa majestad, y él un pobre gusano; y que si alguna vez ha de comparecer ante Él en juicio con consuelo, debe tener algún Ayudador poderoso, o no será salvo.

¿Y qué es todo esto sino la doctrina misma del texto con el que comencé este artículo? ¿Qué es todo esto sino llegar a la conclusión que estoy instando a mis lectores? Con alguien como Dios a quien rendir cuentas, debemos tener un Salvador poderoso. Para darnos paz con un ser tan glorioso como Dios, debemos tener un Mediador Todopoderoso, un Amigo y un Abogado de nuestro lado, un Abogado que pueda responder a todos los cargos que se puedan presentar contra nosotros y defender nuestra causa ante Dios en igualdad de condiciones. Queremos esto, y nada menos que esto. Las vagas nociones de misericordia nunca darán verdadera

paz. Y tal Salvador, tal Amigo, tal Abogado no se encuentra en ninguna parte excepto en la Persona de Jesucristo.

Expongo esta razón también ante hombres pensantes. Sé bien que la gente puede tener nociones falsas de Dios, así como de todo lo demás, y cerrar los ojos a la verdad. Pero digo con valentía y confianza: nadie puede tener opiniones realmente elevadas y honorables de lo que es Dios y escapar a la conclusión de que la doctrina de nuestro texto es verdadera. Estamos encerrados ante la verdad de la declaración de Pedro. No puede haber salvación posible sino por Jesucristo.

Permítanme decir en tercer lugar, esta doctrina debe ser verdad porque es lo que la Biblia enseña. Si no creemos en la doctrina, debemos abandonar la Biblia como la única regla de fe.

A lo largo de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, solo hay un relato simple de la forma en que el hombre debe ser salvo. Siempre es lo mismo: solo por la causa de nuestro Señor Jesucristo, a través de la fe; no por nuestras propias obras y desiertos.

Lo vemos vagamente revelado al principio, se cierne a través de la niebla de algunas promesas; pero ahí está.

Lo encontramos con mayor claridad después, es enseñado por las imágenes y emblemas de la ley de Moisés, la dispensación de aquel ayo.

Poco a poco lo tenemos aún más claro, los Profetas vieron en visión muchos detalles sobre el Redentor que aún estaba por venir.

Por fin lo tenemos plenamente bajo el sol de la historia del Nuevo Testamento, Cristo encarnado, Cristo crucificado, Cristo resucitado, Cristo predicado al mundo.

Pero una cadena de oro recorre todo el volumen: no hay salvación excepto por Jesucristo. La herida de la cabeza de la serpiente predicha en el día de la Caída; la ropa de pieles de nuestros primeros padres; los sacrificios de Noé, Abraham, Isaac y Jacob; la Pascua, y todos los detalles de la ley judía: el sumo sacerdote, el altar, la ofrenda diaria del cordero, el lugar santísimo al que se entra solo con sangre, el chivo expiatorio, las ciudades de refugio, todos estos son testigos de la verdad establecida en el texto. Todos predicán con una sola voz, salvación solo por Jesucristo.

De hecho, esta verdad parece ser el gran objeto de la Biblia, y todas las diferentes partes y porciones del libro están destinadas a arrojar luz sobre ella. No puedo extraer de él ninguna idea de perdón y paz con Dios excepto en relación con esta verdad. Si pudiera leer acerca de un alma que fue salva sin fe en un Salvador,

tal vez no hablaría con tanta confianza. Pero cuando veo que la fe en Cristo, ya sea un Cristo venidero o un Cristo crucificado, fue el rasgo prominente en la religión de todos los que fueron al cielo, cuando veo a Abel poseyendo a Cristo en su "mejor sacrificio" en un extremo de la Biblia, y a los santos en gloria en la visión de Juan regocijándose en Cristo en el otro extremo de la Biblia, cuando veo a un hombre como Cornelio, que era devoto , y temió a Dios, y dio limosna y oró, no se le dijo que él había hecho todo, y que por supuesto se salvaría, sino que se le ordenó que enviara a buscar a Pedro y le enseñara de Cristo; cuando veo todas estas cosas, digo, me siento obligado a creer que la doctrina del texto es la doctrina de toda la Biblia. La Palabra de Dios, examinada e interpretada de manera justa, me encierra a la verdad establecida por Pedro. No hay salvación, no hay camino al cielo, excepto por Jesucristo.

Tales son las razones que me parecen confirmar la verdad que constituye el tema de este trabajo. Lo que es el hombre, lo que es Dios, lo que es la Biblia, me parece que todo conduce a la misma gran conclusión: no hay salvación posible sin Cristo. Los dejo aquí y sigo adelante.

III. Y ahora, en tercer y último lugar, permítanme mostrar algunas consecuencias que fluyen naturalmente de la doctrina declarada por Pedro.

Hay pocas partes del tema que me parecen más importantes que esta. La verdad que he estado tratando de exponer a mis lectores afecta tan fuertemente a la condición de una gran parte de la humanidad, que considero que sería un mero descuido de mi parte no decir algo al respecto. Si Cristo es el único camino de salvación, ¿Qué debemos sentir por muchas personas en el mundo? Este es el punto que voy a abordar ahora.

Creo que muchas personas me acompañarían hasta donde he llegado y no irían más lejos. Aceptarán mis premisas, no tendrán nada que decir a mis conclusiones. Piensan que es poco caritativo decir algo que parezca condenar a los demás. Por mi parte, no puedo comprender semejante caridad. Me parece el tipo de caridad que vería a un vecino bebiendo veneno lentamente, pero nunca interferiría para detenerlo, aquella que permitiría a los emigrantes embarcarse en un barco con filtraciones y en mal estado, pero nunca detendría para evitarlo, que vería a un ciego caminando cerca de un precipicio, y pensaría que estaría mal gritarle y decirle que había peligro.

La mayor caridad es decir la mayor cantidad de verdad. No es caridad ocultar las consecuencias legítimas de tal enseñanza de Pedro como ahora estamos considerando, o cerrar los ojos ante ellas. Y llamo solemnemente a todo aquel que realmente crea que no hay salvación en nadie más que en Cristo, y en ningún otro nombre dado bajo el cielo por el cual debemos ser salvos, llamo solemnemente a

esa persona para que me preste atención, mientras le presento algunos de las tremendas consecuencias que implica la doctrina que estamos considerando.

No voy a hablar de los paganos que nunca han escuchado el evangelio. Su estado final es un asunto de gran profundidad, que las mentes más poderosas no han podido sondear, no me avergüenzo de no discutirlo. Solo una cosa diré. Si alguno de los paganos, que mueren como paganos, es salvo, creo que deberá su salvación, por muy poco que lo sepan de este lado de la tumba, a la obra y expiación de Cristo. Así como los infantes y enfermos mentales entre nosotros descubrirán en el último día que le deben todo a Cristo, aunque nunca lo conocieron, así creo que será con los paganos, si alguno de ellos se salva, ya sean muchos o pocos. En cualquier caso, de esto estoy seguro: no existe el mérito de la criatura. Mi opinión personal es que el Arcángel más alto (aunque, por supuesto, de una manera y grado muy diferente al nuestro) se encontrará de alguna manera en deuda con Cristo; y que las cosas en el cielo, así como las cosas en la tierra, se hallarán finalmente en deuda con el nombre de Jesús. Pero dejo el caso de los paganos a otros, y hablaré de asuntos más cercanos.

Una consecuencia poderosa, entonces, que parece aprenderse del texto que forma la nota clave de este artículo, es la total inutilidad de cualquier religión sin Cristo. Hay muchos en la cristiandad en este día que tienen una religión de este tipo. No les gustaría que los llamaran deístas, pero son deístas. Que hay un Dios, que existe lo que ellos se complacen en llamar Providencia, que Dios es misericordioso, que habrá un estado después de la muerte; se trata de la suma y sustancia de su credo; y en cuanto a los principios distintivos del cristianismo, no parecen reconocerlos en absoluto. Ahora denuncio tal sistema como un tejido sin fundamento - su aparente fundación es la fantasía del hombre - sus esperanzas son una completa ilusión. El dios de tales personas es un ídolo de su propia invención, y no el Dios glorioso de las Escrituras, un ser miserablemente imperfecto, incluso en su propia demostración, sin santidad, sin justicia, sin ningún atributo que no sea el de la misericordia vaga e indiscriminada. Tal religión puede servir como un juguete para vivir, pero es demasiado irreal para morir. No satisface por completo las necesidades de la conciencia del hombre, no ofrece ningún remedio; no da descanso a las plantas de nuestros pies; no puede consolar, porque no puede salvar. Cuidémonos de ella si amamos la vida. Cuidémonos de una religión sin Cristo.

Otra consecuencia que debe aprenderse del texto es la locura de cualquier religión en la que Cristo no tenga el primer lugar.

No necesito recordar a mis lectores cuántos tienen un sistema de este tipo. El sociniano nos dice que Cristo era un simple hombre; que su sangre no tenía más poder que la de otro; que su muerte en la cruz no fue una verdadera expiación y propiciación de los pecados del hombre; y que, después de todo, el hacer es el camino al cielo y no el creer. Declaro solemnemente que creo que tal sistema es

ruinoso para el alma de los hombres. Me parece que golpea la raíz de todo el plan de salvación que Dios ha revelado en la Biblia, y prácticamente anula la mayor parte de las Escrituras. Derroca el sacerdocio del Señor Jesús y lo despoja de su oficio. Convierte todo el sistema de la ley de Casas, tocante a los sacrificios y las ordenanzas, en una forma sin sentido. Parece decir que el sacrificio de Caín fue tan bueno como el sacrificio de Abel. Deja al hombre a la deriva en un mar de incertidumbre al arrancar de debajo de él la obra acabada de un Mediador divino. Cuidémonos de esto, no menos que del deísmo, si amamos la vida. Tengamos cuidado con el menor intento de despreciar y subestimar la persona, los oficios o el trabajo de Cristo. El único nombre por el cual podemos salvarnos es un nombre por encima de todo nombre, y el más mínimo desprecio que se derrame sobre él es un insulto al Rey de reyes. La salvación de nuestras almas ha sido puesta por Dios Padre en Cristo, y ningún otro. Si no fuera verdadero Dios de verdadero Dios, nunca podría lograrlo, y no podría haber salvación en absoluto.

Otra consecuencia que debe aprenderse de nuestro texto es el gran error cometido por aquellos que añaden algo a Cristo como necesario para la salvación.

Es fácil profesar creer en la Trinidad y reverenciar a nuestro Señor Jesucristo, y sin embargo hacer alguna adición a Cristo como base de esperanza, y así derrocar la doctrina del texto tan real y completamente como negándolo en su totalidad. La Iglesia de Roma lo hace sistemáticamente. Ella agrega cosas al cristianismo más allá de los requisitos del evangelio, de su propia invención. Habla como si la obra consumada de Cristo no fuera un fundamento suficiente para el alma de un pecador, y como si no fuera suficiente decir: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". Envía a los hombres a los sacerdotes y confesores, a las penitencias y la absolución, a las misas y la extremaunción, al ayuno y la mortificación corporal, a la Virgen María y a los santos, como si estas cosas pudieran aumentar la seguridad que hay en Cristo Jesús. Y, al hacer esto, peca contra la doctrina de la Palabra de Dios con mano temeraria. Cuidémonos de cualquier anhelo de los romanos por adiciones al camino simple del evangelio, de cualquier parte que venga.

Pero me temo que la Iglesia de Roma no está sola en este asunto. Me temo que hay miles de protestantes profesantes que a menudo se equivocan en la misma dirección, aunque, por supuesto, en un grado muy diferente. Se involucran en la manera de agregar, quizás insensiblemente, otras cosas al nombre de Cristo, o darles una importancia que nunca deberían recibir. El ultra-eclesiástico en Inglaterra, que piensa que las misericordias del pacto de Dios están ligadas al episcopado, el ultra-presbiteriano en Escocia, que no puede reconciliar la prelación con un conocimiento inteligente del evangelio, el ultra-Iglesia-Libre a su lado, que parece pensar que el mecenazgo laico y el cristianismo vital son casi incompatibles, el ultradisidente, que atribuye todos los males de la Iglesia a su conexión con el Estado, y no puede hablar más que del sistema voluntario; el ultrabautista, que excluye de la mesa del Señor a todo aquel que no ha recibido su visión particular del bautismo

de adultos, el ultra-Hermano de Plymouth, que cree que todo el conocimiento reside en su propio cuerpo, y condena a todos los que están afuera como si fuesen un pobre bebé débil; todos estos, digo, aunque sin saberlo, exhiben una tendencia sumamente incómoda a agregar a la doctrina de nuestro texto. Me parece que todos declaran prácticamente que la salvación no se encuentra simple y exclusivamente en Cristo. Me parece que todos prácticamente están agregando otro nombre al nombre de Jesús, en el que los hombres deben ser salvos, incluso el nombre de su propio partido y secta. Me parece que todos están prácticamente respondiendo a la pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" no solo "Cree en el Señor Jesucristo", sino también con un "Ven y únete a nosotros".

Ahora pido a todo verdadero cristiano que se cuide de ese ultraísmo, sea cual sea su forma de inclinarse hacia él. Al decir esto, no se me malinterprete. Me gusta que todos tengan una opinión decidida sobre los asuntos eclesiásticos y que estén completamente persuadidos de que son correctas. Todo lo que pido es que los hombres no pongan estas cosas en el lugar de Cristo, ni las coloquen en ningún lugar cerca de Él, ni hablen de ellas como si las consideraran necesarias para la salvación. Por más apreciados que sean para nosotros nuestros propios puntos de vista peculiares, cuidémonos de ponerlos entre el pecador y el Salvador. En las buenas nuevas de la Palabra de Dios, recuerde que la suma, así como la resta, es un gran pecado.

La última consecuencia que me parece que se aprende de nuestro texto es el absoluto absurdo de suponer que deberíamos estar satisfechos con el estado del alma de un hombre si sólo es serio y sincero.

De hecho, esta es una herejía muy común y contra la cual todos debemos estar en guardia. Hay miles que dicen en la actualidad: "No tenemos nada que decir contra las opiniones de los demás. Quizás estén equivocados, aunque es posible que tengan razón y nosotros equivocados, pero, si son sinceros y serios, esperamos que se salven, al igual que nosotros". Y todo esto suena liberal y caritativo, ¡Y a la gente le gusta imaginarse que sus propios puntos de vista son así! Hasta tal punto ha llegado esta idea errónea, que muchos se contentan con describir a un cristiano como "alguien serio", y parecen pensar que esta vaga definición es bastante suficiente.

Ahora, creo que tales nociones son completamente contradictorias con la Biblia, sean lo que sean. No puedo encontrar en las Escrituras que alguien haya llegado al cielo simplemente por sinceridad, o que haya sido aceptado por Dios si solo fue sincero en mantener sus propios puntos de vista. Los sacerdotes de Baal fueron serios y sinceros cuando se cortaron con cuchillos y lancetas hasta que brotó la sangre; pero eso no impidió que Elías ordenara que fueran tratados como ídólatras inicuos. Manasés, rey de Judá, fue sin duda serio y sincero cuando quemó a sus hijos en el fuego en Moloc; pero, ¿Quién no sabe que contrajo un gran juicio al hacerlo? El apóstol Pablo, cuando era fariseo, era serio y sincero mientras causaba

estragos en la Iglesia; pero cuando se le abrieron los ojos, se lamentó por esto como una maldad especial. Tengamos cuidado de no permitir por un momento que la sinceridad lo sea todo, y que no tenemos derecho a hablar mal del estado espiritual de un hombre debido a las opiniones que tiene, si sólo es serio en sostenerlas. Sobre tales principios, los sacrificios Druídicos, la carroza Jagannātha, los satí indios, los asesinatos sistemáticos de los Thuggee, las hogueras de Smithfield, todos y cada uno podrían ser defendidos. No resistirá, no resistirá la prueba de las Escrituras. Una vez que permitamos que tales nociones sean ciertas, también podemos deshacernos de nuestras Biblias por completo. La sinceridad no es Cristo y, por lo tanto, la sinceridad no puede quitar el pecado.

Me atrevo a estar seguro de que estas consecuencias suenan muy desagradables a la mente de quienes las lean. Pero digo, tranquila y deliberadamente, que una religión sin Cristo, una religión que le resta a Cristo, una religión que le añade algo a Cristo, una religión que pone la sinceridad en el lugar de Cristo, todas son peligrosas, todas deben evitarse, porque todas son igualmente contrarias a la enseñanza de la Escritura.

Es posible que a algunos lectores no les guste esto. Lo siento por eso. Crean que soy poco caritativo, antiliberal, de mente estrecha, intolerante, etc. Que así sea. Pero no me dirán que mi doctrina no es la de la Palabra de Dios y la de la Iglesia de Inglaterra de cual soy ministro. Esa doctrina es la de la salvación en Cristo hasta la máxima expresión, ya que fuera de Cristo no hay salvación en absoluto.

Siento que es un deber dar mi testimonio solemne contra el espíritu del día en que vivimos, para advertir a los hombres contra su infección. No es el ateísmo lo que más temo, en este momento, como tampoco lo es el panteísmo. No es el sistema que dice que nada es cierto, tanto como el sistema que dice que todo es cierto. ¡No es el sistema que dice que no hay Salvador, sino el sistema que dice que hay muchos salvadores y muchos caminos hacia la paz! Me refiero al sistema que es tan liberal que no se atreve a decir que nada es falso. Es el sistema que es tan caritativo que permite que todo sea verdad. Es el sistema que parece dispuesto a honrar a los demás, así como a nuestro Señor Jesucristo, a clasificarlos a todos juntos y a pensar bien de todos. Confucio y Zoroastro, Sócrates y Mahoma, los brahmanes indios y los adoradores del diablo africanos, Arrio y Pelagio, Ignacio de Loyola y Socinus, todos deben ser tratados con respeto, ninguno debe ser condenado. Es el sistema que nos invita a sonreír complacidos en todos los credos y sistemas de religión. La Biblia y el Corán, los Vedas hindúes y el Zendavesta persa, las fábulas de viejas de los escritores rabínicos y la basura de las tradiciones patrísticas, el Catecismo Racoviano y los Treinta y nueve Artículos, las revelaciones de Emanuel Swedenborg y el libro de Mormón de José Smith, todos, todos deben ser escuchados, ninguno debe ser denunciado como mentira. Es el sistema que es tan escrupuloso con los sentimientos de los demás, al punto que nunca debemos decir que están equivocados. Es el sistema que es tan liberal que llama a un hombre un intolerante si se atreve a decir:

"Sé que mis puntos de vista son correctos". Este es el sistema, este es el tono del sentir, que temo en este día; y este es el sistema contra el que deseo enfáticamente testificar y denunciar.

¿Qué es todo sino postrarse ante un gran ídolo, falsamente llamado liberalidad? ¿Qué es todo sino un sacrificio de la verdad sobre el altar de una caricatura de la caridad? ¿Qué es todo sino la adoración de una sombra, un fantasma y una irrealidad? ¿Qué puede ser más absurdo que profesarnos contentos con la "seriedad" cuando no sabemos de qué debemos preocuparnos? Tengamos cuidado de no dejarnos llevar por el engaño. ¿Nos ha hablado el Señor Dios en la Biblia, o no? ¿Nos ha mostrado el camino de la salvación clara y distintivamente en esa Biblia, o no? ¿Nos ha declarado el peligroso estado de todos fuera del camino, o no? Ciñámonos los lomos de nuestras mentes y miremos estas preguntas directamente a la cara, y démosles una respuesta honesta. Díganos que hay algún otro libro inspirado además de la Biblia. Y entonces sabremos a qué te refieres. Díganos que no toda la Biblia es inspirada, y entonces sabremos dónde encontrarnos con usted. Pero conceda por un momento que la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia es la verdad de Dios, y luego no sé de qué manera podemos escapar de la doctrina del texto. De la liberalidad que dice que todos tienen razón, de la caridad que nos prohíbe decir que nadie está equivocado, de la paz que se compra a expensas de la verdad, ¡Que el buen Dios nos libre!

Por mi parte, lo confieso francamente, no encuentro lugar en que confluyan el cristianismo evangélico honestamente distintivo y la infidelidad abierta, independientemente de lo que piensen los demás. No veo una casa en la mitad del camino entre ellos, o de lo contrario solo puedo ver casas que no tienen techo y no pueden albergar mi alma cansada. Puedo ver la coherencia en un infiel, por mucho que le tenga lástima. Puedo ver consistencia en el pleno mantenimiento de la verdad evangélica. Pero en cuanto a un curso intermedio entre los dos, no puedo verlo; y lo digo claramente. Que se llame antiliberal y poco caritativo. No puedo escuchar la voz de Dios en ninguna parte excepto en la Biblia, y no veo salvación para los pecadores en la Biblia excepto a través de Jesucristo. En él veo abundancia; fuera de él no veo nada. Y en cuanto a aquellos que tienen religiones en las que Cristo no lo es todo, sean quienes sean, tengo un sentimiento de lo más incómodo acerca de su seguridad. No digo ni por un momento que ninguno de ellos se salvará; pero digo que los que son salvos serán salvados por su desacuerdo con sus propios principios, y a pesar de su propio sistema. El hombre que escribió la famosa línea, "Él no puede estar equivocado si su vida está bien" (Papa Alexander, Ensayo sobre el hombre. Epístola III. Línea 303) ¡Fue un gran poeta sin duda, pero fue un teólogo miserable!

Permítanme concluir este artículo con algunas palabras a modo de aplicación.

En primer lugar, si no hay salvación excepto en Cristo, asegurémonos de tener interés en esa salvación nosotros mismos. No nos contentemos con escuchar,

aprobar y asentir a la verdad y no ir más lejos. Busquemos tener un interés personal en esta salvación. No descansen hasta que sepamos y sintamos que tenemos posesión real de esa paz con Dios que Jesús ofrece, y que Cristo es de nosotros y nosotros de Cristo. Si hubiera dos, tres o más formas de llegar al cielo, no habría necesidad de insistir en este asunto. Pero si solo hay una forma, ¿Quién puede extrañarse si afirmo? "¡Asegúrate de estar en ella!".

En segundo lugar, si no hay salvación excepto en Cristo, tratemos de hacer el bien a las almas de todos los que no lo conocen como Salvador. Hay millones en esta condición miserable, millones en tierras extranjeras, millones en nuestro propio país, millones que no confían en Cristo. Deberíamos preocuparnos por ellos si somos verdaderos cristianos; debemos orar por ellos; debemos trabajar para ellos, mientras aún hay tiempo. ¿Creemos realmente que Cristo es el único camino al cielo? Entonces vivamos como si lo creyéramos.

Miremos alrededor del círculo de nuestros propios parientes y amigos, contémoslos uno por uno y pensemos cuántos de ellos aún no están en Cristo. Tratemos de hacerles el bien de una forma u otra, y actuemos como debería actuar un hombre que cree que sus amigos están en peligro. No nos contentemos con que sean amables y amigables, gentiles y de buen carácter, morales y corteses. Más bien mostrémosle su miseria hasta que vengan a Cristo y confíen en él. Sé que todo esto puede parecer entusiasmo y fanatismo. Ojalá hubiera más en el mundo. Estoy seguro de que cualquier cosa es mejor que una tranquila indiferencia por las almas de los demás, como si todo el mundo estuviera en el camino del cielo.

En mi opinión, nada prueba tanto nuestra poca fe, como nuestra pequeña preocupación acerca de la condición espiritual de quienes nos rodean.

(3) En tercer lugar, si no hay salvación excepto en Cristo, amemos a todos los que aman al Señor Jesús con sinceridad y exaltémoslo como su Salvador, sean quienes sean. No retrocedamos y miremos con indiferencia a los demás, porque no están de acuerdo con nosotros mismos en todo. Ya sea que un hombre sea un hombre libre o independiente, un wesleyano o un bautista, amémoslo si ama a Cristo y le da a Cristo el lugar que le corresponde. Todos estamos viajando rápidamente hacia un lugar donde los nombres, las formas y el gobierno de la Iglesia no serán nada, y Cristo lo será todo. Preparémonos para ese lugar a tiempo, amando a todos los que se encuentran en el camino que conduce a él.

Esta es la verdadera caridad, creer todas las cosas y esperar todas las cosas, siempre que veamos que se mantienen las doctrinas bíblicas y que Cristo es exaltado. Cristo debe ser el único estándar por el cual deben medirse todas las opiniones. Honremos a todos los que le honran; pero no olvidemos nunca que el mismo apóstol Pablo, escribió sobre la caridad, dice también: "Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema". Si nuestra caridad y liberalidad son más amplias

que las de la Biblia, no valen nada en absoluto. El amor indiscriminado no es amor en absoluto, y la aprobación indiscriminada de todas las opiniones religiosas es solo un nuevo nombre para la infidelidad. Ofrezcamos el baudio correcto a todos los que aman al Señor Jesús, pero tengamos cuidado de ir más allá de esto.

Por último, si no hay salvación excepto por Cristo, no debemos sorprendernos si los ministros del Evangelio predicán mucho de Él. No pueden decirnos demasiado sobre el nombre que está sobre todo nombre. Nunca es suficiente oír hablar de Él con demasiada frecuencia. Es posible que escuchemos demasiado sobre controversias en los sermones, puede que escuchemos demasiado sobre obras y deberes, formas, ceremonias, sacramentos y ordenanzas, pero hay un tema del que nunca escuchamos demasiado: nunca podemos escuchar demasiado de Cristo.

Cuando los ministros se cansan de predicarle, son falsos ministros, cuando la gente se cansa de oírle, sus almas se encuentran en un estado enfermizo. Cuando los ministros lo hayan predicado toda su vida, su descanso permanecerá bajo una excelencia incalculable. Cuando los oyentes lo vean cara a cara en el día de su aparición, encontrarán que había más en Él de lo que sus corazones jamás hubieran concebido.

Permítanme concluir este artículo con las palabras de un antiguo escritor, al que deseo humildemente suscribirme.

“No conozco ninguna religión verdadera sino el cristianismo; no hay cristianismo verdadero sino la doctrina de Cristo, la doctrina de su persona divina, de su oficio divino, de su justicia divina y de su Espíritu divino, que todos los que son suyos reciben. No conozco verdaderos ministros de Cristo que no sean aquellos que, en su ministerio, se propongan encomendar a Jesucristo en su plenitud salvadora de gracia y gloria, a la fe y al amor de los hombres; no hay cristiano verdadero, sino aquel que está unido a Cristo por la fe y el amor, para glorificar el nombre de Jesucristo, en la belleza de la santidad del Evangelio. Los ministros y cristianos de este espíritu han sido durante muchos años mis hermanos y compañeros, y espero que siempre lo sean, dondequiera que la mano de Dios me lleve” (Robert Traill).